

sobre los maderos de la barca y lo clavó con los clavos que el mar había roído.

Por orden suya, aquella cruz ocupó al día siguiente el puesto de la cruz de oro y pedrería. El Cristo del Océano no ha vuelto á desclavarse. Ha querido permanecer en aquellos maderos sobre los cuales, al morir, los pescadores invocaron su nombre y el de su Santa Madre. Y allí, con su augusta y dolorida boca entreabierto, parece decir: «Mi cruz está formada con todos los sufrimientos de la humanidad, porque realmente soy el Dios de los pobres y de los desgraciados.»

## JUAN MARTEAU

I.

### UN SUEÑO

Hablábase de sueños, y Juan Marteau dijo que un sueño había dejado en su imaginación una huella imborrable.

—Sería profético—adujo el señor Goubin.

—Aquel sueño—respondió Juan Marteau—no tiene de extraordinario ni siquiera su incoherencia; pero vi sus imágenes con una precisión tan dolorosa, que no puede compararse á nada. Nada en el mundo me ha quedado tan presente ni me ha sido tan sensible como las visiones de aquel sueño. Por esto me parece interesante. Me hizo com-

prender las alucinaciones de los místicos. Si en aquella ocasión me faltara espíritu científico, seguramente mi sueño me pareciera una apocalipsis ó una revelación, y buscaría en él principios de conducta y reglas de vida. Debo advertirles que tuve aquel sueño en circunstancias particulares. Estábamos en la primavera de mil ochocientos noventa y cinco; yo había cumplido los veinte años. Recién llegado á París, atravesaba tiempos difíciles. Aquella noche hallábame acostado sobre el césped espeso del bosque de Versalles sin haber comido en veinticuatro horas. No experimentaba sufrimiento alguno, y me sentía en un estado de dulzura y de agilidad sólo interrumpido á veces por una impresión de inquietud. Parecíame que ni dormía ni velaba. Una niña, una niña muy pequeña, con una caperucita azul y un delantal blanco, al atardecer, andaba con muletas por una llanura. Sus muletas, á cada paso que dada, se alargaban, y la izaban como unos zancos. Pronto resultaron más altas que los álamos de la orilla del río. Una mujer advirtió mi sorpresa, y me dijo: «¿No sabe usted que las

muletas crecen en primavera? Hay momentos en que se alargan con una rapidez espantosa.»

»Un hombre, cuyo rostro no pude divisar, dijo: «Es la hora climatérica.»

»Entonces, con un rumor débil y misterioso que me asustó, las hierbas comenzaron á crecer en torno mío. Levantéme y llegué á una llanura cubierta de plantas pálidas, esponjosas y muertas. Allí encontré á Vernaux, mi único amigo en París, donde vivía tan pobremente como yo. Durante largo rato anduvimos juntos y sin articular ni una palabra. En el cielo parecían discos de oro pálido las estrellas enormes y sin resplandor.

»Como yo no ignoraba la causa, se la expliqué á Vernaux. —«Es un fenómeno de óptica—le dije—. Nuestros ojos no son como deberían ser.»

»Y con minucioso cuidado y grandes dificultades, proseguí una demostración, basada principalmente en la completa identidad del ojo humano y del telescopio.

»Mientras yo razonaba, Vernaux halló en el suelo, entre las hierbas lívidas, un enorme

sombrero negro y redondo, con un galón de oro y una hebilla de diamantes. Me lo puso en la cabeza, y me dijo:

»—Es el sombrero del señor alcalde.

»—Evidentemente—le respondí.

»Y seguí mi demostración. Era tan ardua, que me corría el sudor por la frente; á cada momento perdía el hilo y empezaba de nuevo con la misma frase: «Los grandes saurios que nadaban en las aguas calientes de los mares primitivos, tenían los ojos formados como un telescopio.»

»Cuando advertí que Vernaux había desaparecido, me detuve; pero en seguida le hallé en una hondonada, traspasado en un asador, sobre un fuego de leña menuda. Varios indios, con los cabellos atados en lo alto de la cabeza, le rociaban con una enorme cuchara y hacían girar el asador. Con voz clara, Vernaux me dijo: «Melania ha llegado.»

»Entonces advertí que tenía la cabeza y el cuello de pollo; pero yo sólo pensaba en encontrar á Melania, á quien un presentimiento me la hizo ver como la más hermosa

de las mujeres. Corrí, y al llegar á un lindero del bosque divisé, á la claridad de la luna, una forma blanca y fugaz cuyos cabellos de un rojo magnífico resbalaban sobre la espalda. Un resplandor plateado acariciaba sus hombros, una línea de sombra azul dividía su dorso, y sus caderas que se balanceaban al andar sonreían con divina sonrisa. Vi claramente otra sombra que aumentaba ó disminuía bajo la corva, según estuyese la pierna estirada ó encogida. Vi también la sonrosada planta de sus pies. Perseguíla durante largo rato sin fatigarme y con andar ligero como el vuelo de los pájaros; pero la velaba una sombría obscuridad y su fuga incesante me condujo á un camino tan estrecho, que una pequeña estufa de fundición bastó para cerrarme el paso. Era una de esas estufas con largos tubos en ángulo como las hay en los talleres. El hierro estaba enrojecido. Un gato de pelo corto me contemplaba desde la estufa, sobre la cual se había sentado. Al acercarme vi, por las resquebrajaduras de su piel tostada, el metal fundido que rellenaba su cuerpo. Maullaba, y com-

prendí que tenía sed. Para buscarle agua bajé la pendiente de un frondoso bosque de fresnos y álamos. En el fondo de un barranco deslizábase un arroyo, pero las enormes piedras y los matorrales me impidieron acercarme á la corriente. Mientras me colocaba sobre una piedra mohosa, mi brazo izquierdo desprendióse de mi hombro sin que yo sintiera dolor ni molestia. Cogilo con la mano derecha; estaba insensible y frío; su contacto me causó una impresión muy desagradable. Reflexioné que me hallaba expuesto á perderlo, y que sería en adelante para mí una preocupación espantosa cuidar de no perderlo. Prometíme hacerle una caja de ébano para guardarlo cuando no lo usara. Sentí frío en aquella hondonada húmeda, y subí por un sendero rústico que me condujo á una llanura azotada por el viento, donde todos los árboles estaban lastimosamente tronchados. Por un camino terroso pasaba una procesión campesina y humilde, semejante á la de Rogativas del pueblo de Brécé, que nuestro maestro el señor Bergeret conoce perfectamente. El clero, las cofradías y los fieles

sólo ofrecían la particularidad de no tener pies, y caminaban sobre pequeñas ruedecitas. Reconocí bajo el palio al reverendo padre Lantaigne convertido en cura de pueblo; lloraba lágrimas de sangre. Quise gritarle: «Soy ministro plenipotenciario.» Pero ahogóse la voz en mi garganta, y una larga sombra que descendió sobre mí, obligóme á levantar la cabeza: la proyectaba una de las muletas de la pobre cojita. Habían alcanzado ya más de mil metros de longitud, y la niña era ya, en lo alto, como un punto negro delante de la luna. Las estrellas habían aumentado y palidecido más y más; entre todas, reconocí tres planetas, cuya forma esférica mostrábase claramente á mis ojos. Hasta creí advertir algunas manchas negras en la superficie; pero aquellas manchas no correspondían con los dibujos de Marte, de Júpiter y de Saturno publicados en los libros de astronomía.

»Entonces Varnaux acercóse á mí; le pregunté si veía los canales del planeta Marte.

»—Ha caído el ministerio—me dijo.

»No llevaba ninguna señal del asador que

le había ensartado, pero su cabeza y su cuello eran de pollo y chorreaban salsa. Sentí un deseo irresistible de razonarle mi teoría óptica y de proseguir mis explicaciones desde el punto donde las interrumpí: «Los grandes saurios—le dije—que nadaban en las aguas calientes de los mares primitivos, tenían los ojos dispuestos como un telescopio...»

»En vez de escucharme, puso ante mí un facistol, abrió un antifonal y comenzó á cantar como un gallo.

»Le volví la espalda con desagrado y tomé asiento en un tranvía que pasaba, y dentro del cual encontré un inmenso comedor, semejante al de los hoteles y los trasatlánticos, adornado con cristalerías y flores. Mujeres escotadas y hombres de frac, sentados delante de los candelabros y las arañas formaban una perspectiva luminosa. Un mozo de comedor presentóme algunos manjares, y me serví; pero exhalaban un olor fétido, y el pedazo que me llevé á la boca me revolvió el estómago. Además *no sentía ningún apetito*. Los invitados abandonaron la mesa sin

que yo hubiese comido nada. Mientras los camareros levantaban los manteles, Vernaux acercóse y me dijo: «No has reparado en la señora escotada que estaba junto á ti. Era Melania. ¡Mírala!»

»Y me señaló por la ventanilla unos hombres cubiertos de luz blanca, en la obscuridad y bajo los árboles. Salté al bosque para lanzarme en pos de la forma encantadora. Aquella vez conseguí acercarme á ella y llegué á rozarla. De pronto sentí palpitar entre mis manos una carne deliciosa; pero se deslizó entre mis brazos, y besé un espino punzante.

»Así terminó mi sueño.

—En verdad es muy triste—dijo el señor Bergeret; y recordó á la sencilla Estratonicia:

«Nuestra propia visión puede horrorizarnos.»

## II

LA LEY HA MUERTO, PERO EL JUEZ VIVE

—Algunos días después—dijo Juan Marteau—tuve que dormir en un soto del bosque de Vincennes. Llevaba treinta y seis horas sin comer.

El señor Goubin limpió los cristales de sus gafas. Tenía los ojos húmedos y la mirada seca. Contempló fijamente á Juan Marteau y le dijo en tono de reproche:

—¿Cómo es posible? ¿Tampoco había usted comido en veinticuatro horas?

—Tampoco había comido—respondió Juan Marteau—. Pero estuve desacertado. No se debe carecer de pan. Es una incorrección. El hambre debería constituir un delito, como la vagancia. Pero en realidad los dos delitos se confunden, y el artículo 269 castiga con tres meses de cárcel á todos aquellos que carecen de medios de subsistencia. La vagancia, según el Código, es

la manera de vivir de los vagabundos, gentes que no tienen domicilio acreditado ni medios de subsistencia, y que no ejercen habitualmente ningún oficio, ninguna profesión. La sociedad los considera culpables.

—Es de notar—dijo el señor Bergeret—que la manera de vivir de esos vagabundos, condenados á seis meses de cárcel y á diez años de vigilancia, es precisamente la que el buen San Francisco aconsejó á sus compañeros, á Santa María de los Angeles y á las clarisas. Si San Francisco de Asís y San Antonio de Padua vinieran en estos tiempos á predicar á París, expondríanse á verse encerrados en los calabozos de la Prefectura. No es mi ánimo, á pesar de lo que acabo de decir, denunciar á la policía los frailes mendicantes que pululan al presente y que invaden nuestros poblados. Tienen medios de subsistencia y ejercen todos los oficios.

—Son respetables, puesto que son ricos—dijo Juan Marteau—, y la mendicidad sólo está prohibida á los pobres. Si me hubieran sorprendido al pie del árbol, sobre la hierba que me sirvió de lecho, es posible

que me encarcelaran, con justicia después de todo, puesto que por no ser dueño de nada, era un presunto enemigo de la propiedad, y es justo defender la propiedad contra sus enemigos. La tarea augusta del juez consiste en asegurar á cada cual lo que le corresponde: al rico su riqueza y al pobre su pobreza.

—He meditado la filosofía del Derecho— dijo el señor Bergeret—y he reconocido que toda la justicia social descansa en estos dos axiomas: el robo es punible; el producto del robo es sagrado. Estos principios aseguran la tranquilidad á los individuos y mantienen el orden en el Estado. Si uno de estos principios tutelares fuese desatendido, la sociedad entera se derrumbaría. Fueron formulados al principio del mundo. Un jefe revestido con una piel de oso y armado con un hacha de piedra y una espada de bronce, entró con sus compañeros en el recinto amurallado donde los niños de la tribu estaban guarecidos con los rebaños de mujeres y de bueyes. Llevaban consigo muchachas y muchachos jóvenes de la tribu cercana, y pie-

dras caídas del cielo, que eran preciosas, porque con ellas construían espadas que no se doblaban. El jefe se subió á un alto, en el centro del recinto, y dijo: «Estos esclavos y este hierro que he quitado á hombres débiles y despreciables, son míos. Cualquiera que pretenda apoderarse de lo mío, perecerá á mis manos.»

»Tal es el origen de las leyes, y su espíritu, antiguo y bárbaro, precisamente por ser la Justicia consagración de todas las injusticias, satisface á todos.

»Un juez puede ser bueno, puesto que no todos los hombres son malos; la Ley no puede ser buena, puesto que es anterior á toda idea de bondad. Las modificaciones que ha sufrido en el transcurso de los tiempos no han alterado su carácter primitivo. Los jurisconsultos la utilizaron sin despojarla de su carácter bárbaro. A su misma ferocidad se debe que sea respetada y que resulte augusta. Los hombres tienden á rendir adoraciones ante las divinidades perversas, y todo aquello que no sea cruel no les parece digno de veneración. Los que pade-

cen persecuciones de la Justicia, creen en la justicia de las leyes, y profesan la moral de los jueces, porque opinan, como ellos, que una acción castigada es una acción punible. Frecuentemente me ha extrañado ver en los Juzgados y en las Audiencias, que el culpable y el juez estaban conformes en el concepto de lo bueno y de lo malo; tienen los mismos prejuicios y una moral común.

—No puede ser de otro modo—dijo Juan Marteau—. El desdichado que roba de un escaparate una salchicha ó un par de zapatos, no ha penetrado con mirada profunda y espíritu intrépido los orígenes del Derecho y las bases de la Justicia; y los que, como nosotros, no han temido ver la consagración de la violencia y de la iniquidad en el origen de los Códigos, son incapaces de robar un céntimo.

—A pesar de todo—insinuó Goubin—, hay leyes justas.

—¿Lo cree usted de veras?—preguntó Juan Marteau.

—El señor Goubin tiene razón—dijo el señor Bergeret—. Hay leyes justas. Pero

como la Ley se ha establecido para proteger á la sociedad, no puede ser en su espíritu más equitativa que la sociedad. Mientras la sociedad tenga por cimiento la injusticia, la función de las leyes será defender y sostener la injusticia, y parecerán tanto más respetables cuanto más injustas sean. Observen también que, por ser antiguas la mayor parte de las leyes, no representan por completo la iniquidad actual, sino una iniquidad pasada, más ruda y más grosera. Son monumentos de las edades incultas y difíciles, que subsisten aún en los días plácidos.

—Las reforman—dijo el señor Goubin.

—Sí, las reforman—respondió el señor Bergeret—. La Cámara y el Senado se consagran á ello cuando no tienen otra cosa que hacer; pero el fondo subsiste y es áspero. A decir verdad, no me inspirarían mucho terror las leyes malas aplicadas por jueces buenos. Aseguran que la Ley es inflexible. No lo creo; no hay texto que no se preste á interpretaciones. La ley ha muerto. El magistrado vive; y esta es la gran ventaja que le lleva; pero, desgraciadamente, no sabe

aprovecharla. En general, muéstrase más muerto, más frío y más insensible que la letra de la Ley. No es humano; carece de piedad; el espíritu de casta ahoga en él toda simpatía humana.

»Sólo hablo aquí de los jueces honrados.»

—Y la mayoría lo son—dijo el señor Goubin.

—Sí; la inmensa mayoría lo son—afirmó el señor Bergeret—, si nos atenemos á la honradez vulgar y á la moral común. Pero, ¿es bastante que sea honrado un hombre para confiarle, sin exponerle á errores y abusos, el monstruoso poder de castigar? Un juez prudente debería unir al espíritu filosófico la bondad sencilla; y esto es mucho exigir á un hombre que estudia su carrera y se propone ascender. Sin contar con que si demuestra una moral superior á la de su tiempo resulta odioso á sus contemporáneos y provoca la indignación general; porque llamamos inmoralidad á cualquiera moral distinta de la nuestra. Los que arraigaron en el mundo una bondad nueva, fueron el

oprobio de las gentes honradas. Esto le sucedió al presidente Magnaud.

»He leído un volumen con todas sus sentencias, comentadas por Enrique Leyret. Cuando fueron dictadas aquellas sentencias, indignaron á los jueces íntegros y á los legisladores virtuosos; acaso porque ostentan un espíritu muy elevado y un alma bondadosa. Rebozantes de piedad, son humanitarias y prudentes. En la magistratura se opina que Magnaud careció de espíritu jurídico, y los amigos del ministro Meline le acusaron de no respetar bastante la propiedad. Es cierto que los «considerandos» en que se apoyan las sentencias del presidente Magnaud son extraordinarios, pues en cada línea descubren las ideas de una inteligencia libre y los sentimientos de un corazón generoso.

El señor Bergeret cogió un librito encarnado que había sobre la mesa, y leyó:

*La honradez y la delicadeza son dos virtudes mucho más fáciles de practicar cuando*

*no se carece de nada que cuando se carece de todo.*

\*  
\*\*

*Lo que no puede evitarse, no debería ser castigado.*

\*  
\*\*

*Para apreciar equitativamente el delito de un pobre, debiera el juez olvidar un momento las comodidades de que disfruta, á fin de identificarse lo más posible con la situación lamentable del ser abandonado de todos.*

\*  
\*\*

*La preocupación del juez al aplicar las leyes no debe limitarse al caso especial que se le somete, sino que ha de tomar en consideración las consecuencias, buenas ó malas, que puede producir su sentencia en un interés más amplio.*

\*  
\*\*

*El obrero hace fructifera la industria, y expone su salud ó su vida en provecho del patrón, el cual sólo puede comprometer su hacienda.*

—He citado casi al azar—añadió el señor Bergeret, mientras cerraba el libro—. He aquí frases nuevas que nos comunican las vibraciones de un alma grande.